

# El arte por el arte

---

El Jurado calificador de las obras pictóricas presentadas en la exposición de Bellas Artes, que actualmente se celebra en Madrid, ha rechazado varios cuadros de distinguidos pintores, obedeciendo tan extremado acuerdo, no a que esas producciones carezcan de mérito, pues en reconocer que lo tienen hay unanimidad de pareceres, sino a que entiende aquel Tribunal que los artistas se han desviado, en la ejecución de su pensamiento, de las conocidas normas de la moral. Exclusiones tan poco justificadas, vienen a plantear, una vez más, la cuestión del arte por el arte, acerca de la cual voy a tener el gusto de someter ligeras consideraciones al superior criterio de esta ilustrada corporación.

La doctrina del arte por el arte, tiene, como es sabido, implacables contradictores, que se afanan por sostener la, para ellos, evidente consustancialidad de lo bello con lo bueno y con lo verdadero, y la antinomia y el divorcio que, a su juicio, existe entre la belleza, de una parte, y la inmoralidad y el error de otra.

Cosa vaga e inexplicable es en sí la idea de la belleza. Desde Sócrates y Platón, hasta Krause y Hegel, ha sido objeto de porfiadas investigaciones, sin que se haya obtenido otro resultado práctico que la certidumbre de ser didácticamente indefinible, que es achaque común a todos los principios sobrado generales. Esa insuperable dificultad que ofrece el hallazgo de una fórmula que exprese concretamente el concepto abstracto de la belleza, es la misma que se presenta para encontrar una regla que enuncie el contenido total de las ideas de bondad y de verdad, y en suma de las llamadas absolutas por extensión, ya que a la inteligencia del hombre no le es dado franquear, en el orden de lo cognoscible, la esfera de lo limitado y contingente; y si lo bello, lo bueno y lo verdadero, según confesión de los más reputados estéticos y filósofos, son entidades metafísicas indefinibles, ¿como de ese algo secreto y misterioso, cuya alma no se acierta a determinar, podrá, sin embargo, colegirse, por los mismos que dicen ignorar su esencia, la correlación que existe o la diferencia que separa a unos de otros conceptos?; ¿como establecer relación de homogeneidad entre términos desconocidos e ignotos, que escapan, en su grado puramente ideal, a toda

humana comprensión? Y esto no obstante, como la belleza se materializa y encarna en formas y tipos sensibles, que contemplativamente producen en nosotros la emoción estética y que por ende están al alcance de nuestro juicio, de igual modo que las nociones de bondad y verdad, es evidente que puede defenderse, dentro siempre de la relatividad del conocimiento humano y según el criterio de que se parta, ya el enlace y la concatenación, ya la disparidad y desunión de esas especies intelectuales.

La música es un arte bello, bellísimo, pero incapaz por si solo de expresar conceptos morales ni inmorales, hasta el punto de que alguien ha dicho, con razón, que en la música el espectáculo lo tiene el espectador, no fuera sino dentro de sí, por ser un arte más subjetivo que objetivo. Pues bien, esa ordenación de sonidos armónica o melódicamente dispuestos y combinados; despierta en el oyente, ya sentimientos regocijados y gratos, ya sentimientos melancólicos y patéticos, según el estado particular de su ánimo. La música, bien considerada, no es apta para expresar ideas en el riguroso sentido de la palabra; pero las inspira, las genera, las sugiere muy varias en quien la oye embelesado.

Hace años leí, no recuerdo en que autor, una anécdota debida a la fantasía poética de celebrado vate, que para encomiar la virtud sugestiva y la fuerza avasalladora de la música, presentaba en inspirada oda al gran Alejandro en un espléndido banquete, sentado junto a la hermosa Tahis y rodeado de sus guerreros, los cuales, ebrios de entusiasmo por las brillantes victorias alcanzadas, entregábanse sin freno a los placeres de la gula; de pronto, el famoso músico Timoteo entona un himno sublime en loor de Júpiter, y Alejandro, creyéndose trasportado al Olimpo, llega a considerarse arrogantemente el padre de los dioses y en su soberbia demanda ser adorado; entona después Timoteo una canción bélica, y el héroe macedón enardecido con los acordes guerreros, desnuda la tajante espada para combatir a sus enemigos, como si estuviera en el campo de batalla; por último, el divino músico hace que de su lira broten notas suaves, impregnadas de languidez y voluptuosidad, y Alejandro, poseido de sentimiento eróticos, declara su ardiente pasión a la bella Tahis.

Ahí teneis una idea, bien que pálida, del poder incontrastable de la música, arte mudo por lo que respecta a la enunciación de pensamientos, pero que, sin embargo, es un poderoso despertador de los afectos humanos y sobre todo un gran educador del sentimiento. Mas como quiera que sea, habrá que descartar a la música de los términos del litigio que dejamos planteado, por ser extraña a todo sentido ético, que es el punto que ha dado margen a ésta empeñada controversia entre los estéticos.

Lo mismo hay que decir de la arquitectura, arte que si en la antigüedad fué bello, dadas las tendencias modernas, singularmente en orden a la arquitectura profana, puede afirmarse que va convirtiéndose en un arte meramente útil. De todas maneras los fines concretos de la moralidad no tie-

nen ni remota relación con las artes arquitectónicas propiamente dichas, abstracción hecha de aquellas otras que se consideran sus auxiliares y complementarias.

La escultura y la pintura, en cuanto son artes figurativas, no están, en realidad, desligadas del fin ético, máxime si se tiene en cuenta la confusión que generalmente reina entre lo inmoral, lo obsceno, lo deshonesto y lo pornográfico; siendo corriente, aún entre espíritus cultos, tener por inmoral cuanto lastima el sentimiento del pudor, sin exceptuar el desnudo que tan lindamente es hermana con el arte; así es, que actos de lascivia, de lujuria, de concupiscencia, se comprenden de ordinario bajo el predicado genérico de inmorales, dando a esta palabra tan lato sentido que casi se desnaturaliza su verdadera significación lexicológica o gramatical.

Conviene dejar establecido, que los sostenedores del arte por el arte no han declarado jamás que lo odioso, lo repugnante, lo falso pueda en ningún caso ser bello; fuera un despropósito sostener que lo inmoral, lo deforme, lo monstruoso sea expresión de la belleza. Esto no ofrece duda; pero como la belleza artística reside únicamente en la forma, cabe, desde luego, sostener, que si bien un pensamiento ruin, una idea mezquina, una acción indigna no es intrinsecamente hermosa, sin embargo, prescindiendo del fondo inmoral y detestable de la obra, puede haber belleza peregrina en la envoltura mágica, en la modalidad primorosa de la producción, con independencia de la acción misma, del propósito que ha imaginado el artista para dar vida a la concepción de su mente.

Real o legendaria, es tradicional en España la figura de un personaje dramático, que ha tenido múltiples formas de encarnación en la literatura patria, y hasta ha traspasado el Pirineo para servir de protagonista a obras, más o menos renombradas, de ilustres ingenios extranjeros. Me refiero a la creación de Don Juan Tenorio, que ha proporcionado asunto a una comedia de Molière, «Don Juan o el convidado de piedra», versificada después por Tomás Corneille; a la ópera de Mozart «Don Giovanni», libreto de Lorenzo Da-Ponte, y al poema de Byron, titulado «Don Juan» habiendo merecido la creación del Tenorio los calurosos elogios del descontentadizo Voltaire.

El primero en llevarlo a la escena fué Gabriel Téllez, el inmortal Tirso de Molina, que en el siglo XVII dibujó de mano maestra, en su célebre drama «El burlador de Sevilla o el convidado de piedra», el carácter depravado y cínico de un joven decididor y altivo, que hacia gala de seducir, sin el menor miramiento, a cuantas mujeres, nobles o plebeyas, tenían la desgracia de encender sus livianas pasiones, abandonándolas, después de escarnecido su honor, al desprecio de las gentes.

El mayor mérito de la obra estriba en la invención del argumento, cuyo interés no decae un instante, y en el carácter firme y sostenido de Don Juan Tenorio.

Desarróllase la acción durante la primera mitad del siglo XIV, reinando Alfonso XI, que tenía su corte en Sevilla. Privado del monarca era don Diego Tenorio, padre del D. Juan, en quien concurrían distinguidas cualidades de valor personal, las cuales estaban eclipsadas totalmente por el indigno proceder que observaba con las mujeres, a las que, en número crecidísimo, hizo víctimas de sus acechanzas y maldades.

Fueron tantos los atropellos que don Juan Tenorio cometió en Sevilla, que su padre, para alejarlo del teatro de sus abominables hazañas, lo embarcó con dirección a Nápoles. No bien hubo llegado a la bella ciudad italiana, prendóse de Isabela, de ilustre linaje y prometida de su íntimo amigo el Duque Octavio; y como aquella se mostrase sorda a sus requerimientos y solicitudes, aprovechó una oportunidad en que, tomando el nombre del Duque Octavio, pudo penetrar en el cuarto de Isabela, satisfaciendo sus lúbricos deseos, sin el menor respeto a los deberes que la amistad impone. Descubierta la burla, don Juan Tenorio tuvo que huir para librarse de las justas iras de dos familias principales, que vieron mancillado su honor en la persona de la noble dama. De regreso a España, desembarca en Tarragona, en cuyas aguas estuvo a punto de perecer por consecuencia de un naufragio. Tisbia, linda pescadora de aquellas playas, lo salva a costa de grandes esfuerzos y le presta caritativo auxilio, dándole albergue en su propia morada, y don Juan Tenorio paga tanta generosidad y confianza seduciendola villanamente, mediante la reiterada promesa de un reparación matrimonial, que deja incumplida, utilizando para huir una cabalgadura que pertenecía a la misma Tisbia

Vuelve a Sevilla don Juan Tenorio, y su padre, con la mira de separarlo de tan borrascosa vida, intenta casarlo con doña Ana Ulloa, hija de don Gonzalo, Comendador de Calatrava; pero como la dama hubiera entregado su corazón al Marqués de la Mota, camarada de aventuras de don Juan Tenorio, éste concibe un plan, parecido al que ideó en Nápoles, contra la fidelidad de Isabela, y procurándose una capa del Marqués de la Mota, se introduce en casa del Comendador; preséntase ante doña Ana Ulloa, la que al verlo y conocer sus designios, pide socorro, acudiendo el anciano Comendador, a quien dió muerte para lograr su evasión. Perseguido por la justicia, abandonó a Sevilla para trasladarse a Lebrija; detiéndose en Dos Hermanas, en ocasión de celebrarse la boda de unos aldeanos; enamórase al punto de la novia y acto seguido la engaña y abusa de su candor. Torna a Sevilla, acojiéndose al seguro de la Iglesia de San Francisco, para ponerse a salvo de la acción judicial; y al contemplar la tumba del Comendador, muerto a sus manos, entre chanzas y risas lo convida a comer, citándolo a una casa de su pertenencia, que dedicaba a sus trapacerías; a la hora señalada llaman a la puerta, el criado va presuroso a abrir y vuelve presa del más profundo espanto; don Juan Tenorio, sin perder la serenidad, abre la puerta y dice:

DON JUAN.—¿Quién sois?

LA ESTATUA.—Soy yo.

DON JUAN.—¿Quién sois vos?

LA ESTATUA.—Soy el caballero honrado,  
Que a cenar has convidado.

DON JUAN.—Cena habrá para los dos.

Sientanse a la mesa don Juan y la estatua de piedra, a quien aquel hace el plato, sirviéndole de beber, y para alardear de su buen humor y de su carácter temerario e indomable, pregunta al extraño huesped si como alma del otro mundo ha menester de sufragios. La estatua, en justa reciprocidad, invita a su vez a don Juan a cenar la siguiente noche en el panteón que ocupa en la Iglesia de San Francisco el cuerpo inanimado del Comendador, aceptando don Juan, que, puntual, comparece a la cita, encontrando como mesa la caja mortuoria, en la que figuraban a guisa de manjares asquerosos reptiles, servidos por enlutados esqueletos. Don Juan presentóse altivo; y como al estrechar la helada y mármorea mano de la estatua del Comendador notáse los efectos de un fuego interior que le devoraba, desenvaina la espada, con la que, briosamente, acomete a aquellos espectros, cayendo muerto sobre la tumba del Comendador.

Es difícil concebir un personaje novelesco de conducta más odiosa que la del «burlador de Sevilla», y sin embargo la obra que produjo el soberano ingenio de Tirso de Molina es de una belleza incuestionable, aún cuando adolezca de defectos, que la crítica ha señalado con imparcialidad, y que en parte perdió al refundirla don Antonio Zamora en los comienzos del siglo XVIII, reproduciéndola después don Dionisio Solís en la comedia titulada «No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague o el Convidado de piedra.»

Lo mismo que se ha dicho de la comedia de Tirso, hay que decir del popular drama de Zorrilla. Nada tan aborrecible como el don Juan Tenorio que nos pinta este inmortal poeta, personaje abominable que se jacta de sus liviandades en los siguientes términos:

Por dónde quiera que fui  
La razón atropellé,  
La virtud escarnecí,  
A la justicia burlé  
Y a las mujeres vendí. . etc. etc.

Bien es verdad que la refundición de Zorrilla presenta defectos garrafales, hijos, en su mayor parte, de la inexperiencia del autor, que en sus mocedades, en plazo perentorio y sin la madura reflexión de los años, escribió en versos admirables, sonoros, musicales, cadenciosos, esa obra dramática, que ha obtenido, sin disputa, el éxito más colosal de cuantos se han alcanzado en España durante la última centuria; drama escrito en una rica variedad de metros, que van desde el ovillejo a la décima, y en el que

resulta altamente interesante la figura cristiana de doña Inés, que salva al libertino, calavera y sacrilego don Juan Tenorio, escalador de conventos y raptor de monjas accidentadas.

El argumento de Don Juan Tenorio será disparatado, absurdo, inmoral; pero la forma poética en que la fábula se contiene, esto es, la parte literaria propiamente dicha de la obra, es de una belleza suprema. Por eso se salvó el drama, siendo el que más número de representaciones ha conseguido en España y América desde el año 1844, en que se estrenó, hasta la fecha.

El mismo Zorrilla, en su leyenda poética titulada «Margarita la Tornera», nos ofrece una nueva personificación del galanteador don Juan Tenorio, en aquel otro don Juan de Alarcon, taimado, valiente e impio que

Arrinconaba a un maestro  
Tirando a la espada negra,  
Y dicen que fué a Consuegra  
A desafiar a un diestro;  
Y sacándolo a reñir  
Matóle y tomó a su dama,  
con lo cual creció su fama  
Lo imposible de decir.

Don Juan de Alarcon, que valiéndose de infames perfidias sedujo a Margarita la Tornera, alma pura y cándida, que no teniendo ni remota idea de los peligros y acechanzas del mundo, por el apartamiento en que siempre había vivido de todo trato social, cayó en el lazo que arteramente le tendía aquel joven irresistible, osado y corrompido, prototipo del violador. Don Juan de Alarcon es una nueva encarnación del tradicional don Juan Tenorio, que a pesar de su depravación, parece haber tomado carta de naturaleza en el país del arte literario.

Espronceda, en su bellissimo cuento denominado «El Estudiante de Salamanca», erije en protagonista a un don Felix de Montemar, que es como el alter-ego de don Juan Tenorio, personaje descreído, cínico, vicioso, que admira, sin embargo, por su arrogancia y bravura.

Siempre el insulto en los ojos,  
En los labios, la ironía,  
Nada teme, y todo fia  
De su espada y su valor.  
Corazón gastado, mofa  
De la mujer que corteja,  
Y, hoy despreciándola, deja  
La que ayer se le rindió.

Este atropellador de doncellas hace también sucumbir a doña Elvira.

Bella y más pura que el azul del cielo,  
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,  
Donde acaso el amor brilló entre el velo

Del pudor que los cubre candorosos;  
Tímida estrella, que refleja al suelo  
Rayos de sol, brillantes y dudosos,  
Angel puro de amor que amor inspira  
Fué la inocente y desdichada Elvira.

La verídica historia del ilustre mayorquín Ramón Lull, conocido por Raimundo Lulio y después de su regeneración con el sobre-nombre del Doctor iluminado, fué antes de su conversión una especie de don Juan Tenorio por el desenfreno de sus pasiones. Enamorado de doña Blanca de Castello, dama casada y de irreprochables costumbres, llegó en su osadía a profanar un templo, entrando en él a caballo en seguimiento de aquella señora, para reiterarle su pretensiones, en ocasión de hallarse la doña Blanca de Castello orando. Sorprendida ella de tal atrevimiento y escandalizados los fieles de audacia tanta, concibió al punto la dama un plan que sirviese de escarmiento a quien la ofendía con sus locas pretensiones. Para llevar a cabo su propósito concedióle una cita en su domicilio; acudió a ella Raimundo Lulio, creyendo haber conquistado el afecto de su adorada, y en el acto de la entrevista; doña Blanca de Castello, descubriéndose un pecho, le enseñó una llaga cancerosa que padecía, produciendo la vista de la repugnante úlcera el efecto que la dama se propuso. Raimundo Lulio retiróse del mundo, consagróse a la vida mística y al cultivo de las ciencias y escribió obras admirables en todos los ramos del saber humano, estando reputado como uno de los sabios más insignes del siglo XIII.

Ese episodio de la vida de Raimundo Lulio, que no parece sino que ha sido tomado de las escandalosas aventuras de don Juan Tenorio, suministró tema al gran poeta Núñez de Arce para uno de sus más viriles cantos en los «Gritos de Combate», en que el mismo Raimundo Lulio da cuenta de su sacrilego acto, en los inspiradísimos tercetos, que seguidamente transcribimos, en los que se refleja el vigoroso genio del eximio poeta:

Haciendo de mi amor público alarde,  
Por las calles de Palma te seguía  
Una tarde de Abril. ¡Que hermosa tarde!  
El sol su excelsa magestad hundía  
En el seno del mar, con sus fulgures  
Arrebolando el término del día.

.....  
Todo inspiraba al corazón ardientes  
Y tenaces deseos; todo amaba,  
Auras y flores, pájaros y fuentes.  
En árabe corcel. que levantaba  
Nubes de polvo al estampar su huella  
Y el duro freno indómito tascaba,

En pos de tí, que pudorosa y bella  
Recatabas la faz, con paso lento,  
Iba yo a impulsos de mi negra estrella

Recordé con furor tus esquivaces,  
Sentí en el corazón la mordedura  
De la sospecha ruín, una y mil veces,  
Y descompuesto ciego, en mi locura  
Al inquieto corcel piqué la espuela  
Para alcanzar por fuerza mi ventura.  
Tú, como el ave que azorada vuela,  
Lanzaste un grito de terror, el grito  
De la honrada virtud que se rebela.

Cuando de pronto, alzándote del suelo,  
Hacia una iglesia gótica cercana  
Avanzaste veloz, clamando al cielo.

Y yo ¡insensato!, con horror lo digo,  
Provocando de Dios el justo fallo  
Al bruto indócil apliqué el castigo;  
Hizo sonar su endurecido callo  
En las losas del atrio, y de repente  
Dentro del templo me encontré a caballo.  
Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:  
Sé que al verme llegar pálido y fiero  
Corrió sordo rumor entre la gente, etc. etc.

De los anteriores razonamientos y citas literarias se desprende, como lógica consecuencia, que la inmoralidad de las acciones y la depravación de los hechos, que se atribuyen a los protagonistas de memorables obras poéticas, no empece en lo más mínimo al fin primordial del arte, que consiste en la realización genuina de la belleza; de donde se sigue, que los conceptos de belleza y de bondad no son complementarios el uno del otro, y por tanto no es de rigor que coincidan ambos en la obra de arte. Puede, en verdad, una acción inmoral realizar la belleza, si un ingenio de la alta inspiración de Tirso de Molina, de Espronceda, de Zorrilla o de Núñez de Arce, se encarga de darle forma estética, y en cambio el más moral, religioso y edificante de los argumentos en manos de un Comélla resultará siempre una monstruosidad literaria.

Para realizar el fin estético del arte, basta engendrar belleza; pero si la producción además de bella es moral, se aquilatará con una excelencia más, que ciertamente no sobra, pero que en puridad tampoco hace falta para conseguir la misión estética que al artista, como tal, le está confiada.

La ciencia investiga la verdad; la ética cultiva y depura los principios morales, y el arte está llamado, estrictamente, a producir la belleza, sin que para llenar cumplidamente su fin peculiar y concreto tenga que invadir la esfera de otras disciplinas filosóficas. El arte docente y trascendente, cuando no descuida los fines primordiales de la belleza, es de relevante mérito; pero cuando pospone la forma estética al fondo didáctico o ético, degenera y pierde su carácter típico.

Los más insignes pintores y escultores han prescindido siempre del fin ético de sus creaciones. El cuadro de Chattron, titulado «Biblis», representa a la hija de Mileto en completo estado de desnudez. Aquella joven poseída de una pasión incestuosa hacia su hermano Cauno le manifiesta sus lúbricos deseos; él horrorizado huye, pero es perseguido por ella, quien en su carrera cae rendida en medio del campo, en cuya situación la representa el artista, ostentando la interesante figura de «Biblis» las más espléndidas formas corporales.

«Borgia se divierte» es un cuadro de Garnier, en el que se presenta a Alejandro VI sentado a la mesa con su amante Rosa Vanozza y su hijo César, mientras un grupo de siete jóvenes desnudas forman un corro, dando vueltas para distraer con sus danzas al lujurioso anciano, que contempla extasiado las escitantes morbideces de aquel coro de bellezas.

En la «Leda» por Bramtót, se contempla desnuda a la encantadora ninfa en el momento de ser seducida por Júpiter, convertido en cisne para realizar su engaño.

«Danæ», «Venus y Adonis» de Ticiano, el «Despertar de la Bacante» de Ibrais, la «Venta de esclavas» y «Friné ante sus jueces» por Gérôme, obras pictóricas que no sobresalen por la moralidad del asunto, haciendo caso omiso de notables producciones artísticas existentes en los museos reservados, son una prueba concluyente de que el arte tiene vida y finalidad propia, sin que necesite del auxilio de otras ciencias que de la estética.

En escultura entran como principales elementos la actitud, la expresión y el movimiento. El arte clásico sobresalió por la actitud, esto es por la posición de las figuras, que se elegía de manera que favoreciese la belleza corpórea; y es fama que Praxiteles, para esculpir su «Venus», valióse de no pocas hetairas griegas, que le sirvieron de modelo y de las que escogió aquellas partes del cuerpo que más encanto y atractivos ofrecían, coordinándolos después el artista para sintetizarlos en su portentosa estatua. En cambio, los modernos escultores ponen todo su empeño en la expresión o gesto de las figuras. Pero como quiera que sea, las obras más admirables del arte escultórico débense a Fidias, Praxiteles, Lisipo, Policleto, que inspiraron sus creaciones en el más culto naturalismo, hasta el punto de no haber nada comparable a la belleza purísima de la forma griega, a pesar de no encontrarse en aquellas gallardas manifestaciones del

genio pensamiento alguno abstracto, porque ni la fé, ni la esperanza, ni la caridad, ni el extasis tenían cabida en los antiguos ideales, y sin embargo, a la altura de aquel arte, tenido por materialista, en vano intentará rayar la moderna escultura.

Hay más. Toda concepción artística, como regulada por los principios estéticos, ha de ser enteramente libre y por tanto no admite más limitación que la que se desprende de las condiciones de su esencia. La belleza no puede tener más contraste que la fealdad formal. Si existiera oposición entre lo bello y lo bueno, si hubiera antagonismo entre lo hermoso y lo inmoral, la ética vendría a formar parte de la estética y las producciones artísticas no tendrían por término de su extensión los confines de la belleza, sino que quedarían circunscritos o aprisionados en los más estrechos moldes de la moral, y esto sería atentatorio a la libertad del arte, que es indiscutible en buenos principios estéticos.

Por vía de corolario sentaremos, para terminar este somero estudio redactado en brevísimos días, la siguiente conclusión: las creaciones más geniales del arte han sido concebidas con independencia de toda regla o traba y sin más limitaciones que las trazadas por el buen gusto del autor; porque consistiendo el arte en la representación de una idea bella, vivificada por el sentimiento, el artista, con las galas de su imaginación, va labrando a un mismo tiempo el pensamiento y la forma de sus producciones con libertad omnimoda, si bien obrando siempre bajo la superintendencia de la razón, que no puede menos de ser la suprema guía en todas las concepciones humanas, para librarlas del escollo, de lo absurdo, de lo irregular y de lo deforme.

En suma, toda producción artística debe tener por único juez al severo crítico, nunca ni en ningún caso al rígido moralista.

*Luis Valeriano y Castillo*

Córdoba 16 Junio de 1906

Este trabajo, que permanecía inédito, se publica ahora en homenaje a su autor.